

Un sueño realizado

Gonzalo Fernández

Sra. Dorotea Muhr de Onetti, querida Dolly;
Sra. Isabel María Onetti;
Señor Rector de la Universidad de la República;
Sra. Subdirectora de la Biblioteca Nacional;
Autoridades de gobierno y autoridades académicas;
Señoras y señores:

Tengo el inmenso honor de participar, en representación de la Presidencia de la República, en este acto donde se concreta la tan anhelada donación del archivo de Juan Carlos Onetti al acervo de nuestra Biblioteca Nacional.

Gracias a la generosidad de Dolly, su esposa, hoy se hace realidad un proyecto entrañable, un sueño que comenzamos a acariciar un par de años atrás, junto con Hortensia Campanella, allá en Madrid.

Por varios motivos, me siento muy involucrado en esta celebración. Inciden para ello razones de orden personal, que prevalecen por encima de todo aspecto formal o protocolar, para justificar mi presencia junto a Uds. en este magnífico evento.

En efecto, más allá de esa entusiasta complicidad con Hortensia en la concreción de la iniciativa, confieso pertenecer a esa inmensa generación de onettianos, que nos deslumbramos por vez primera con el Maestro, casi en plena adolescencia.

En efecto, aquella edición de *El pozo*, publicada como libro de bolsillo por la Editorial Arca –un librito de tapa color naranja, precedido por un estudio preliminar de Ángel Rama–, fue una auténtica conmoción intelectual. Por lo pronto, nos llevó a descubrir que existía una literatura urbana, muy distinta de aquel género gauchesco aprendido en las aulas liceales. Y nos hizo entender que, detrás de un mundo aparentemente clausurado, acaso obturado, Onetti hacía una literatura de la piedad, profundamente comprometida con el género humano.

Hoy tenemos la dicha de recibir su archivo, sus incunables manuscritos. Los archivos de un escritor son parte de su obra y de su vida y, en esa

trama indisociable de vida y obra, son también el testimonio veraz “*de su soledad auténtica y dichosa*”, de la que nos hablara el propio Onetti en aquel formidable réquiem por Faulkner, a quien él llamara “*padre y maestro mágico*”.

La recepción de este archivo no es un acontecimiento fortuito, sino el producto de la tarea pertinaz de muchas personas y en especial de Dolly Muhr, que se ocupó de conservar todos los papeles que Onetti descartaba. De no haber mediado esa cuidadosa preocupación, probablemente muchos de los manuscritos habrían sido devorados por Bice, la perrita foxter que acompañó al matrimonio durante los últimos años.

Por otra parte, la recuperación de este archivo nos llena de alegría, pues el Uruguay se merece recuperar a Onetti. La sociedad uruguaya en su conjunto se ha ganado el derecho de recibir, a través de su archivo, al escritor consagrado, al ciudadano habitual y sencillo, a ese personaje raro que supo predecir que “*quien mata, se condena a la difamación y a la mentira*” o que atinó a simbolizar la soledad, refiriéndola “*las arañas inmóviles del miedo y del misterio*”.

Y, desde luego, Onetti merece volver al Uruguay, a este Uruguay que un día tuvo que abandonar obligado, pero que nunca dejó de ser su país, su territorio íntimo, su lugar en el mundo. Sí, Juan Carlos Onetti se merece con creces retornar a nuestro Montevideo, al cual nunca dejó de sentir como su rincón natal.

Cuando el actual Presidente de la República asumió la titularidad de la Intendencia Municipal de Montevideo, le cursó una invitación a Onetti para que nos visitara. Eran días de cierta polémica entre el gobierno departamental y el gremio de los funcionarios municipales.

Onetti respondió mediante una carta fechada el 17 de setiembre de 1990, dactilografiada por Dolly, que llegó junto con un libro de obsequio. Haciendo gala de su fina ironía y en obvia referencia a don Eduardo Platero, el querido dirigente sindical de aquella época, Onetti acompañó la misiva con un ejemplar de la obra a Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*.

En esa carta, que es poco probable que conste en el archivo que estamos recibiendo, decía Onetti:

“... *Conozco muy bien las dificultades que atraviesa el Municipio montevideano desde los tiempos en que lo presidía Don Ledo Arroyo*”

Torres y su lucha por obtener los trimestres que, según creo, le correspondía de acuerdo a la Constitución.

"Don Ledo bombardeaba al Ministerio (de Hacienda) con su habitual bombardeo de malas palabras. Comprendo que hoy es imposible y no le recomiendo la táctica.

"Por razones de vejez y salud me es imposible aceptar –por ahora– su invitación para hacer el viaje de regreso a mi ciudad natal. Pero si algún día voy, será exclusivamente por corresponder al deseo que contiene su carta.

"Cordialmente.

Juan Carlos Onetti."

Pues bien, diecisiete años después, Onetti ha vuelto y sólo cabe celebrarlo. Celebrarlo, agradecerle calurosamente a Dolly esta donación y decirle al Maestro: Bienvenido, Onetti, al Uruguay, a Montevideo, a nuestra Biblioteca Nacional. Estamos muy felices de su regreso a casa.